

www.elboomeran.com

Boria Sax

CUERVO

Naturaleza, historia y simbolismo

Traducción del inglés
de Julio Hermoso

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Prefacio	9
Introducción	13
UNO Mesopotamia	43
DOS Egipto, Grecia y Roma	51
TRES La Edad Media y el Renacimiento en Europa	71
CUATRO Asia	101
CINCO La cultura de los nativos americanos	113
SEIS La época del Romanticismo	127
SIETE El Señor de los Cuervos	160
OCHO A partir del siglo XX	179

Cronología del cuervo	200
Referencias	202
Bibliografía	205
Agradecimientos	211
Agradecimientos de las ilustraciones	213

Prefacio

Hace algunos años que el editor Jonathan Burt me pidió que escribiese el primer título de una nueva colección de la editorial Reaktion Books titulada «Animal» y me dijo que podía escoger la criatura que yo quisiera. Elegí el cuervo, un animal con tantas dimensiones que de ninguna manera podría reducirse a estereotipo alguno. Cuando empecé a escribir el presente libro, mi planteamiento fue el de dejar a un lado numerosos protocolos académicos y concentrarme, simplemente, en todo aquello que tenía de especial el tema que había elegido. En ocasiones, puedo haber llegado a ser tan idiosincrásico como los propios córvidos.

Hay partes de *Cuervo* que, de forma inevitable, han quedado desfasadas. Esto concierne de manera especial al debate sobre los cuervos de la Torre de Londres, que yo mismo he demostrado que llevan allí más o menos desde 1883, y no, como dicen las guías turísticas, desde el reinado de Carlos II de Inglaterra o antes. Los cuervos se trajeron para ambientar la Torre de Londres cuando el edificio se mostraba a los turistas como un castillo gótico, con todos los cuentos de fantasmas, tiranos y damiselas en apuros que lo acompañaban. Después, durante la Segunda Guerra Mundial, los cuervos —con sus finos sentidos— se utilizaron de manera extraoficial para dar los primeros avisos de los

aviones y las bombas enemigas que se aproximaban, una actividad de la que se supone que surgió esa «ancestral» leyenda de que Inglaterra caerá si los cuervos abandonan la Torre. Han pasado de ser la encarnación de la fatalidad a convertirse en mascota nacional, protectores del reino y —quizá lo más importante— símbolo de nuestro precario patrimonio medioambiental.

En cuanto a las secciones más científicas del libro, ese tipo de información se queda obsoleta casi tan rápido como el *software*. Prácticamente cada mes se llevan a cabo nuevos descubrimientos que documentan la inteligencia de los cuervos. Un equipo de científicos bajo las órdenes de John Marzluff ha demostrado que dichas aves pueden reconocer las caras de los seres humanos y recordarlas durante años, y que se dan cuenta de quién se muestra amistoso con ellos o de quién trata de molestarlos, e incluso pueden transmitir dicho conocimiento a su descendencia.

Todo ello confirma la tesis de esta obra, es decir, que es posible que los cuervos sean los únicos animales que no solo tienen un interés pragmático en el ser humano, sino también intelectual. Nos observan de forma constante sin un motivo que nos resulte demasiado obvio y se les da muy bien interpretar la comunicación no verbal del ser humano. A los chimpancés les resulta extremadamente difícil descubrir lo que queremos decir las personas cuando señalamos con un dedo, pero los perros y los cuervos lo comprenden sin que nadie se lo enseñe.

Muchos animales tienen una relación con el ser humano que, si bien viene determinada por la costumbre y la utilidad, es tan específica como cualquier nicho ecológico. Entre estas criaturas se encuentran, por ejemplo, el perro, la oveja, el gato, el ciervo y la abeja. En todos los casos, la relación tradicional incluye derechos, deberes y expectativas

mutuas. Sin embargo, la relación humana con los cuervos es única en su simetría y en su reciprocidad.

Tanto el ser humano como el cuervo tienen el núcleo familiar como unidad básica de la sociedad, pero también entablan asociaciones de carácter más amplio. Tal vez nosotros estudiemos a los cuervos, pero se diría que ellos nos estudian aún más a nosotros. No se mezclan con nuestra sociedad, sino que permanecen como una tribu al margen. No obstante, quizá no haya otro animal —ni siquiera el perro o el gato— que entienda tan bien al ser humano. Los cuervos pueden ser nuestros interlocutores, y, en la medida en que entendamos a los cuervos, podemos aprender mucho sobre nosotros mismos.



Un hechicero con una máscara
de cuervo kwakiutl, *ca.* 1914.

Introducción

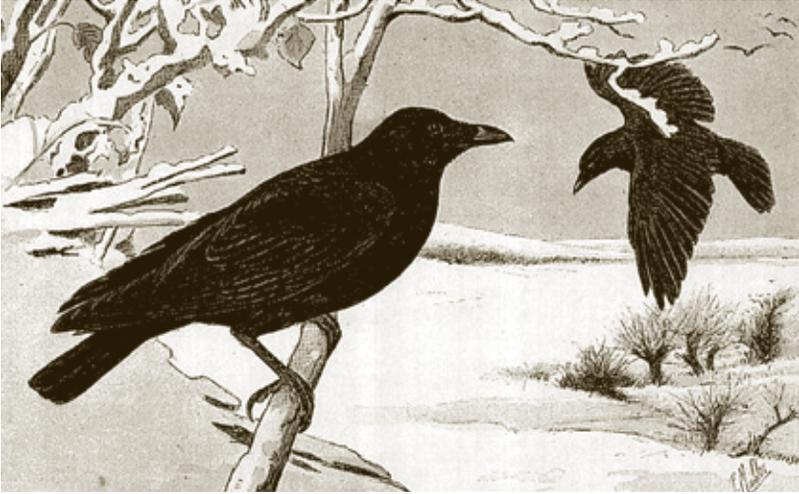
«Corvie es una chica alegre a pesar de su negra túnica».

SEAN O'CASEY,

The Green Crow

Por comunes que sean en nuestras ciudades y en nuestros campos, los cuervos rara vez lanzan ni siquiera una mirada perdida hacia los seres humanos. Su reclamo no es para nosotros, sino para otros cuervos. Un día, sin embargo, me dirigía a mi casa de White Plains (Nueva York) cuando vi un cuervo pequeño y desaliñado dando saltitos por la acera delante de mí. Al tratar de verlo mejor, el pájaro no se mostró intrigado ni asustadizo. No obstante, a pesar de que estas aves no suelen hacerlo, a veces parecía como si me mirase a los ojos. Al principio pensé que el pájaro podría estar herido, por lo que se me ocurrió llamar a la protectora de animales o a un veterinario. El cuervo, sin embargo, no daba muestras de dolor, y parecía bastante menos preocupado que yo.

Era una calle muy concurrida con tan solo unos cuantos metros cuadrados de hierba, pero bastaban para albergar varios árboles, incluido un pino alto. Al alzar la mirada, pude distinguir entre las ramas un nido muy cerca de la cima. El pájaro era un polluelo al que habían lanzado del nido para que aprendiese a volar. En aquella acera tan concurrida, casi todo el mundo que pasaba le echaba al



Litografía francesa de 1907 con dos cornejas comunes. Muchos artistas representan la elegancia especial de los cuervos, aunque pocos espectadores saben apreciarla.

menos una mirada a aquel cuervo. En ocasiones lo perseguía algún perro o algún niño, y otras personas se ponían a hablarle o trataban de darle de comer. Ni extasiado ni atribulado, el pájaro se alejaba cortés a saltitos, y así continuó durante varios días. Los saltitos se convirtieron en vuelos que, gradualmente, se fueron haciendo más largos. Más o menos una semana después, pasé por allí y me encontré con que el cuervo ya no estaba.

La verdad es que no estará muy lejos, seguramente, pero preferirá mantener una moderada distancia respecto del ser humano. Aunque ya he dejado de distinguir este cuervo de los restantes del parque —que podrían ser sus padres o sus hijos—, prefiero imaginar que él podría estar observándome con discreción, quizá. Al reincorporarse al grupo de los cuervos tras una breve estadía en el mundo de los humanos, tal vez se llevase algún recuerdo feliz y lo compartiese con sus congéneres.